

HABLA SU SOBRINA EUGENIA

«CUANDO ÉL VOLVÍA DE ALEMANIA, EN CASA TODO ERA UNA FIESTA»

«Eugenia Carrasco Rouco, sobrina del cardenal y hermana del nuevo obispo de Lugo, Alfonso, suma su voz a la de quienes dicen que el verdadero carácter de Rouco está muy lejos de ser el que por lo general se le atribuye. «Es una persona muy entrañable, muy cercana», subraya ella. Entre sus primeros recuerdos de infancia está el «revuelo» que se producía en su casa cuando Rouco anunciaba que volvía de Alemania. Y algunos de los regalos que él le traía de aquel país, siendo ella niña.

Estaba, entre esos regalos, un grueso jersey de cuello alto, propio de tierras muy frías. «Con dibujos de ciervos, o quizás de caballos, no sabría decirte en este momento...», cuenta. Pero lo que sí recuerda perfectamente Eugenia es que, «cuando él volvía de Alemania, en su casa de Vilalba toro era una fiesta».

García Amor

En muy parecidos términos se expresaba anoche el canónigo de la catedral de Mondoñedo Eugenio García Amor.

«Un sacerdote especialmente querido en toda la diócesis natal de Rouco Varela. Ahora reside en Vilalba, donde además mantiene una muy estrecha amistad con la familia del cardenal: «Rouco —decía— es un hombre entrañable, moi comunicativo, animoso. Un home que sempre está deseando compartir as cousas cos demais».

También García Amor, que durante una época fue, al mismo tiempo que Rouco, profesor del Seminario mindoniense, cree que la imagen pública del cardenal apenas se corresponde con su verdadera personalidad, con la del hombre que habita tras la púrpura del príncipe de la Iglesia: «Cando Rouco deu clase no seminario —cuenta—, o seminario medrou coa súa calidade intelectual. Foi alá polos anos setenta, nun tempo no que o sempre estaba moi preocupado pola necesidade de elevar a calidade da formación dos seminaristas. Fixo un gran traballo aló». Explica García Amor que si algo caracteriza a Rouco es su deseo de «estar sempre ao lado da xente». Cuando el cardenal regresa en vacaciones a Vilalba, añade, está «disponible sempre para celebrar a misa o para calquera cousa que del se precise; e cando a xente se achega a el non ten presión nunca; o que quere e colaborar co parroquia, axudar en todo cando el poida facer».

Cuando le preguntan a García Amor qué comentan quienes ven al arzobispo de Madrid, durante sus vacaciones, celebrar la misa a diario en la iglesia de Vilalba, el canónigo comenta, sonriendo, que «os que xa o coñecen ven iso como a cousa máis normal do mundo, porque saben cómo é el; e os que non o coñecen, pois ao mellor nin sequer imaxinan de quen se trata». También García Amor habla de hasta qué punto «a xente das aldeas» agradece «as visitas que o cardenal lles fai sempre», y cómo ha aumentado con el paso del tiempo, a pesar de que ha residido tantos años fuera de Galicia. «O seu —insiste— é estar ao lado dos demais».

Un anillo episcopal

El actual obispo de Mondoñedo-Ferrol, diócesis de la que García Amor fue administrador eclesiástico entre los episcopados de monseñor Araújo Iglesias y de José Gea Escolano, coincide plenamente con las palabras del canónigo. Y añade por su parte que «siempre que el cardenal Rouco Varela regresa a Mondoñedo, se lo ve feliz».

«Conmigo siempre ha sido muy afectuoso —dice el prelado, con gesto de sincera gratitud—, e incluso cuando fue mi ordenación como obispo, me regaló el anillo pastoral. ¡Claro que se acuerda de su diócesis! Cada vez que me ve, viene a saludarme enseguida, sonriendo y diciendo "¡Hombreeee, el obispo de Mondoñedo...!".»

Antiguos compañeros de seminario de Rouco, a los que la vida llevó después por caminos diferen-

tes, recuerdan que el carácter disciplinado que el hoy cardenal mostraba ya durante sus años de estudiante tal vez obedeciera a que «xa levaba no sangue o seu futuro intelectual, se cadra o mundo do dereito, da autoridade e das leis». No obstante, eso «non se traduciu no trato persoal con quen se achega a el, malia que, ás veces, a súa imaxe pública podía estar tinguida desa sensación». Tras el seminario, vinieron para Rouco horizontes nuevos. «Natorouso de Alemania, especialmente de Baviera —dice García Cendán—, xa no tempo de estudante en Múnic falaba sempre con admiración da importancia que a Igrexa tiña alí. E os seminaristas máis novos escoitaban con moito deleite as súas explicacións. Poida que nel aínda queve o rescaldo daqueles vivencias».



EN LA IGLESIA DE SU VILALBA NATAL. Rouco Varela es el niño que aparece en el centro de la imagen. Uno de los tres monaguillos —el más serio, por cierto— de los que lucen, en la fotografía, una indumentaria casi cardenalicia, mientras los demás pequeños recuerdan, con sus indumentarias, a las que los canónigos (los tantos veces Ramados Hidaigos de la Iglesia, con un estatus obviamente

mayor) del colegio cardenalicio partaban en otro tiempo. La imagen es un documento excepcional, porque en ella, detrás de los monaguillos, aparecen fotografiados dos sacerdotes que fallecieron con justa fama de santidad: Gabriel Pitta da Veiga y José Paz Dipocio, verdaderos mentores de Rouco que lo animaron a ingresar en el Seminario de Mondoñedo.

ROUCO: «VAMOS A VOTAR... ¡PERO NO EN EL SENTIDO QUE LE DAMOS A LA PALABRA EN GALICIA!»

«Sucedió el jueves, en Madrid. Fue a media mañana, durante la sesión plenaria que los prelados españoles celebraban, ya con Antonio María Rouco Varela de nuevo como presidente. Se disponían, los obispos, a elegir a los integrantes de la delegación que la Conferencia Episcopal enviará en octubre a Roma, para participar en el sínodo sobre la palabra de Dios que está convocado para entonces.

El cardenal, sonriente, se dirigió a los demás prelados: «¡Ahora vamos a votar...! pero no en el sentido que nosotros le damos a la palabra en Galicia». Se refería, obviamente, y haciendo un juego verbal, a la confusión entre el votar que es emitir un voto y el botar que significa expulsar, en gallego. Lógicamente, la broma, la mayoría de los prelados no la entendieron.

«Él tiene su propio estilo de presidir [los plenarios de la Conferencia Episcopal], le gusta hacer bromas», decía uno de los prelados que presenciaron la anécdota, y que aun sin ser gallego comprendió el juego de palabras —no se trataba de expulsar a delegado alguno, claro—. «Inmediatamente». Tras su elección, se mostró especialmente afectuoso con cuantos se acercaban a felicitarlo. «¡Estuvo muy afectuoso, mucho...!», decía de hecho —y por cierto que sin ninguna ironía, más bien con auténtica gratitud por su cordialidad sincera— un prelado que muy probablemente no lo votó a él, sino a Ricardo Blázquez. Algo que, más allá de la anécdota, posee un especial significado, si se tiene en cuenta

Tras su elección, se mostró especialmente afectuoso con todos los prelados; con quienes lo apoyaron y con los que no lo hicieron

No faltan, con todo, las voces muy críticas ante el regreso del cardenal Rouco a la presidencia de los obispos españoles

Entre quienes están descontentos con su gestión se lamenta que «dejade de escuchar a muchos» para «aconsejarse solo con algunos»

que hay muy sólidas razones para pensar que Rouco sabe muy bien, nombre a nombre, qué prelados apoyaron su reelección.

Voces críticas

No faltan, con todo, las voces muy críticas ante el regreso del cardenal a la presidencia de los obispos. Una de las personalidades más relevantes de la Iglesia española, un hombre de carácter tan conservador como Rouco en lo doctrinal pero partidario de la línea de Blázquez —de quien es amigo personal—, lamentaba ayer que se agravase «la división en la Iglesia». A través del teléfono, pidiendo absoluta reserva sobre su identidad pero aceptando que sus palabras se publicasen, lamentaba que Rouco, con los años, «cambiasse tanto», y que «dejade de escuchar a muchos» para «aconsejarse solo con algunos». «Para entender de verdad a Rouco —decía—, hay que conocer su trayectoria. Él tuvo dos mentores, que fueron primero Fernando Sebastián, en la Pontificia, y después Suñu, cuyos pasos siguió hasta ser cardenal de Madrid. Sus relaciones con Sebastián fueron deteriorándose poco a poco —añadió—, sobre todo porque cuando lo tuvo como vicepresidente en la Conferencia Episcopal no le consultaba nada. Con Suñu, en cambio, las relaciones fueron buenas siempre». «Sobre su ascenso al cardenalato —concluyó—, también se han dicho muchas cosas que no son ciertas. Fue cardenal por ser arzobispo de una sede que siempre fue cardenalicia: Madrid ya había tenido un par de cardenales antes de Rouco Varela».